

na sa-
erado
bien
des-
l sino
o po-
uede
acion
á ve-
ucho
ontra
rte ó
años
bí, y
cada
scasa
per-
o fue
oeta,
n un
ener-
años
s que
pri-
asis-
eatro
mo-
pasar
que
como
scesa
nan-
osos
rin-
ebre
, en
mea
cipes
ente
o de



LE MONITEUR DE LA MODE .

Journal du Grand Monde.

Chapeaux d'Alexandrine, et d'Antin, 14. Coiffettes de la M^{on}. St. Laurent et Saint.

10, r. de la Paix. Umbrelle de Mottet, B^{at}. Poupennière, y Lorgnon de Chevalier, r. Montmartre, 168.

Ayuntamiento de Madrid

Bureaux du Journal, 43, Rue neuve Vioienne.

New-York. E.B. Strange et Brother.

PARIS.

London at the Moniteur Office. F. Dunus 15 Greek Street. Soho.





ADVERTENCIA.

Los editores de este periódico dado á luz menos con objeto de lucro que como distraccion en tareas mas serias, creen atestiguar nuevamente su deseo de complacer á los numerosos suscritores que ya cuentan, dando en vez de la pequeña estampa correspondiente á este número, y con el inmediato al próximo cumpleaños de S. M. la Reina, un magnífico retrato de la misma ó de su augusto esposo, copiado del mas exacto trasunto del original que se conozca en el momento; y esperan que estotro sacrificio en obsequio de las personas suscritas á *La Elegancia*, será apreciado por ellas.

RECUERDOS DE UN VIAJE A GRANADA.

Hiende el espacio azulado,
Vé suspiro á mi Granada,
Dila que siempre he pensado
En su vega matizada
Y en su cielo nacarado.

JOSEFA M. MARTOS.

Dos veces habiamos visto á el sol cárdeno y reverberador ocultarse bajo las inmensas llanuras de Madrideo y Puerto-Lápiche y por detras de los famosos gigantes de nuestro héroe manchego. Pasamos el reanimador pueblo de Valdepeñas, y ya descubriamos el norte de nuestras esperanzas, el pintoresco linde que habia de sacarnos de la árida y seca Mancha y colocarnos en medio de la fértil y bella Andalucía.

El cielo estaba despejado: solo una ligera y fresca brisa corria, y al mismo tiempo que anunciaba á la naturaleza la próxima llegada de su señor, llevaba dulcemente las vaporosas nubecillas hacia donde el sol, por detras de los morados picos de *Sierra-morena*, se deshacian en hilos de purísimo carmin, que las heria y las hacia parecer de fuego.

A otros ingenios y á otras plumas mas bien cortadas que la mia, les seria imposible describir una mañana entre los tortuosos caminos de la pintoresca sierra.

Siguiendo por medio del camino ancho y hermo-

so, que honrará siempre á Carlos III, veiamos precipitarse á uno y á otro lado, cien espumosas cascadas que chocando en las aguzadas pirámides de diferentes colores de que están erizados los hondos barrancos en ambos costados, se convertian en vaporosa neblina, que tinturándose unas veces con todos los colores del arco iris, y quedando otras parda y oscura entre los matorrales y la profundidad de los abismos, semejaban á las regiones de las *hadas* y daba á este cuadro un aspecto mágico y pintoresco.

El hombre mas apático, el artista mas clásico y menos entusiasta, puesto á la vista de tan magnífico panorama, no podria menos de cambiar en un todo sus ideas, y al colocarlo dentro de los pintorescos pueblos y aldeas, colonizados en tiempo y por disposicion del conde de Aranda, admiraria lo bellamente que estan situados, la amabilidad de sus naturales, lo esbelto de sus formas y sus trages, y se hubiera horrorizado, si viniendo hacia la Mancha, al servirle en la Carolina una graciosa muchacha de desenvuelto aire, amable trato y fino cutis, recordára iba á cambiar tan halagüeño espetáculo por el de una *Maritornes* de rechonchas carnes, cara de planeta, de nariz roma y remangada y con el trato y color manchego por adición.

Algun tiempo anduvimos por entre los tortuosos y encumbrados caminos de la sierra, hasta que empezamos á descender á unas deliciosas praderas donde parece que la naturaleza habia derramado enteros sus preciosos dones: porcion de arroyuelos como serpientes de plata, descendian en torno nuestro, y despues de besarnos los pies, iban á perderse entre la esmaltada yerba que vivificaban.

El sol iba declinando hacia una hora; sus rayos pasaban al través de la bruma que envolvía los mas altos picos; y menos ardiente cada vez, no calentaba ya la duce brisa que no se dejaba sentir. Al confin de la llanura que se desplegaba á nuestra vista, veiamos la villa de Bailen, y cada paso que adelantaban las mulas de nuestra diligencia nos dejaba percibir mas y mas cercano el sitio donde un glorioso suceso de la guerra de la independencia hizo detener un tanto el rápido vuelo de las águilas imperiales en España.

Embebidos en recordar tan brillante página de nuestra historia, nos hallamos pocos instantes despues en Bailen y al fin de los muros del palacio de los condes de Benavente. Paramos en la casa de di-

ligencias, y seis minutos bastaron para salir del pueblo y descender hacia la barca de Isabel II en el Guadalquivir, en la que arribamos á la opuesta orilla. La noche habia cubierto con su manto la faz de la tierra, cuando distinguimos en la misma direccion que llevabamos unas altas montañas, que formando un anfiteatro, dejan casi en su centro otro monte de mármol color de rosa sobre el que se asienta la ciudad de Jaen. Toda mi vida recordaré el efecto que esta romántica ciudad produjo en mí, y la perspectiva que presentaba desde el punto de donde la mirábamos. Innumerables lucecitas aquí y allí esparcidas sobre la colina, como otras tantas lucernas; el arruinado castillo, que oscuro y casi perdido entre las nubes, descollaba por cima de todos los objetos, y las moriscas calles que envueltas en sombras misteriosas ocultaban mas de cuatro aventuras amantes, se desplegaron en fin ante nosotros, y atravesando por medio de ellas, llegamos á la casa de postas. Allí se nos ofrecieron á la vista otras escenas no menos curiosas. Aquellas piezas eran una enciclopedia de pasajeros, arrieros y caleseros, de postillones y criadas, de perros y de gatos, de platos, de vino, de humo y de bulla que el diablo solo podria figurarse. Formando parte unida de aquel cuerpo, cenamos, y á las pocas horas habiamos dejado los muros de Jaen, y atravesado, con riesgo de quedar sumergidos, el rio Arenas. Poco hacia que caminábamos, cuando la aurora empezó á colorar los objetos, y en fin, siguió el brillo de un hermoso dia, claro y despejado.

A cada paso que dábamos, una nueva y á cual mas linda perspectiva se ofrecia á nuestros ojos.

Aquí costeábamos un delicioso huerto de naranjos, limoneros y granadas; allí arrullaban á nuestro paso innumerables cañas de azucar; en otro lado se veian bellas casitas de guardas y pastores, cubiertas enteramente por la verde yedra que al pie de ellas naciera, y en fin, el rio, aunque escaso de aguas, plateaba límpido á los rayos del sol que le heria. Esto encantaba nuestra imaginacion, no dejándonos pensar en las leguas que corriamos, ni en el pequeño pueblo de *Campillo de Arenas*, hasta parar en la fonda de Barajas, donde mudamos tiros. En este punto empieza á elevarse la preciosa Sierra-Elvira con sus pintados mármoles de todas clases, colores y figuras. La proximidad que ibamos logrando á la voluptuosa, apacible y nunca bien ponderada Gra-

nada, se hacia notar en todos los puntos delante los cuales pasábamos.

Algunas leguas anduvimos, y pronto, despues de correr un trecho por una sombría calle que porcion de frondosas huertas formaban, dejose ver, al través de un vapor azul y transparente, la encantadora *Ciudad de las mil torres*. Desde este punto puede observarse perfectamente la figura de una granada abierta que afecta. Dos colinas de verde esmeralda, son coronadas, la una por el Albaicin, antigua fortaleza, y palacio algunas veces de los Reyes moros de la ciudad, y la otra por la célebre Alhambra: de una y de otra parten almenadas murallas, contenidas por innumerables barbicanas y cubos, en los que estan abiertas varias puertas. Porcion de jardines (cármenes) veiamos entre las apiñadas casas, y pronto su grato perfume llegó hasta nosotros, apenas hubimos atravesado la gran plaza del Triunfo y paramos bajo la árabe puerta de Elvira.

Imposible fuera pintar el placer que se experimenta al atravesar aquellas animadas calles, al ver sus morunas y romancescas casas, al oir los cantares y la alegría de sus habitantes. Mas de una vez tambien al ruido de la diligencia, alguna lindísima y esbelta granadina dejó sus labores, y asomando sus árabes y rasgados ojos negros por entre las celosías y macetas de sus ventanas, vino á herir magnéticamente al mas apercebido viajero, que al través de los cristales mas cercanos á su asiento tenia el gusto de admirarla.

Varias calles atravesamos, y al fin paró la diligencia, á las cuatro de la tarde de uno de los dias mas hermosos de abril, delante de la fonda del *Comercio*, en la plaza del Campillo, y de la de *Bailen*, enfrente del teatro.

Algunos de mis compañeros y yo, ansiando el momento de pasearnos bajo las afiligranadas galerías de la Alhambra, comimos, y empezamos nuestra subida por la calle de Gomeles.

Apenas entramos por la Puerta de las Granadas una encantadora vista vino á suspender nuestro paso; á un lado se alzaban magestuosas las torres de Pomarés; al otro el palacio de los Zegríes, y enfrente, al confín de una bellísima calle, la nombrada puerta del Juramento, que nos dió paso á la gran plaza de armas de la fortaleza. A un lado admiramos el magnífico palacio empezado por Carlos V el emperador, y despues una pequeña puerta nos dió

entrada al encantador patio de los Arrayanes. Dos estanques hay en su centro, y en su cristalina agua se pintaban con vivísimos colores, ya las flores de su alrededor, ya los primorosos dibujos de las paredes del patio. Otras muchas piezas, á cual mas encantadoras, recorrimos, y despues de fijar nuestra atencion en el labradísimo y afiligranado patio de los Leones, en el no menos bello de los Naranjos, en la torre de la Reina, desde donde descubrimos asombrosa perspectiva, y en la memorable pieza y pila donde la flor de la tribu Abencerraje pereció bajo la sanguinaria cuchilla de Boabdil, salimos entusiasmados, y jurando ver estas encantadas estancias una y mil veces, cuantas la suerte y la ventura quisiera proporcionarnos.

El teatro, con sus grandiosas proporciones: la catedral, con sus admirables sepulcros de los reyes católicos y sus sucesores Felipe I y doña Juana, con sus vidrieras de colores y con sus bruñidos retablos del mas precioso jaspe: el paseo, dispuesto con esmerado gusto; su elegante y jovial sociedad, y los deliciosos jardines de Quinta-alegre, á las orillas del Genil, el callejon de los Nogales, el soto de Roma, propiedad de Welington: la cartuja, con la austeridad de su culto en ella refractado, asaz bien diferente de los voluptuosos y encantados vergeles del indescriptible Generalife (Casa de amor) llenaron mi entusiasta mente de tan poéticas imágenes..... que no es posible se borren jamas; por el contrario, siempre resbalando por ella, vendrán puras á mi memoria con el brillante colorido que las fijó.

(Abril de 1836.)

EDUARDO DE LEON Y RICO.

GRIZEL COCHRANE.

Fragmento histórico.

POR JONH MACKAY WILSON.

I.

Cuando los súbditos del último rey Jacobo se alzaron contra él, el mas temible sin duda de cuantos levantaron el estandarte de la rebelion fué sir John Cochrane, abuelo del actual conde de Dundonald. La fatalidad que durante muchos siglos habia perseguido á la casa de Campbell, arrastrando en su

ruina á cuantos la eran afectos, no perdonó tampoco á Sir John Cochrane. Sitiado por las tropas reales hizo una obstinada y desesperada resistencia, hasta que al fin, abrumado por el número, fué hecho prisionero, juzgado y condenado á morir ignominiosamente en un cadalso. Solo le restaban algunos dias de existencia, y su carcelero no aguardaba ya sino la órden escrita para conducirlo al lugar de la ejecucion. Su familia y sus amigos habian ido á visitarlo en el calabozo y á recibir su último adios: solo una persona de su familia habia dejado de ir á recojer su bendicion, y esta persona era el orgullo de sus ojos, la esperanza de su casa y la gloria de su corazon: era su hija, su adorada hija Grizel.

El crepúsculo comenzaba ya á estender sus sombras sobre los gruesos hierros de la prision: con la cabeza apoyada en la húmeda pared, el infortunado cautivo se abandonaba al dolor de no haber podido lograr el triste consuelo de besar á su hija por la última vez; cuando la ferrada puerta giró lentamente sobre sus goznes enmohecidos y entró el alcaide, seguido de una jóven de extraordinaria belleza: su estatura era alta y su andar altivo: sus ojos, negros como el azabache, aparecian en extremo brillantes y animados, pero sin una sola lágrima: sin embargo, revelábase en su propio brillo un pesar.... un pesar demasiado profundo para poderse espresar con llanto. Las negras trenzas de su cabello, fino como la seda, caian sobre su frente, pura y suave como la superficie de un mármol. El prisionero levantó la cabeza.

—Mi hija! mi adorada Grizel! exclamó apretándola entre sus brazos con trasporte.

—Padre mio! idolatrado padre! y enjugó una lágrima que habia acompañado estas palabras.

—No olvideis que la entrevista solo puede prolongarse breves instantes, dijo el carcelero dejándolos solos.

—Que el cielo te proteja y te consuele, hija mia! añadió sir John, estrechándola tiernamente contra su corazon é imprimiendo al mismo tiempo sobre su frente un largo beso. Temia morir sin dar mi bendicion á mi querida hija; y ese temor era para mi mas cruel que la misma muerte... pero viniste por fin, amor mio... viniste, y la última bendicion de tu desgraciado padre...

—No, no, por piedad... es imposible, mi padre no puede morir!...

—Tranquilízate, tranquilízate, hija mia... permita el cielo que yo alcance á consolarte... Angel mio, voy á hacerte una revelacion muy dolorosa para tí... ya no hay esperanza: de aquí á tres dias, tú y todos tus hermanos sereis... unos pobres huérfanos fué á decir; pero espiró la palabra en sus labios.

—Tres dias!!.. repuso ella levantando precipitadamente la cabeza y estrechando vivamente entre las suyas la mano de su padre. Tres dias! aun resta pues alguna esperanza... vivireis, padre mio.... Mi buen abuelo, ¿no es amigo del confesor del rey? Ah! el implorará el perdon de su hijo, y mi padre no morirá!...

—No, no, Grizel mia: abandona esa ilusion fatal... no resta la mas leve sombra de esperanza.... el rey ha firmado ya mi sentencia; el mensajero que ha de traer aquí la órden de mi suplicio, está ya en marcha.

—Y qué me importa? mi padre no morirá ¡ah! no morirá! repitió la jóven con energia, retorciéndose las manos. Oh! que no me abandone el cielo! y volviéndose hácia su padre, añadió con serenidad: es fuerza separarnos... aunque por poco tiempo.

—Qué quieres decir, hija mia? preguntó sir John, mirándola con inquietud.

—No me lo preguntéis, repuso la doncella, no me lo preguntéis ahora: orad solo por mí... y bendicidme, pero no por la última vez.

El preso volvió entre tristísimos sollozos á estrecharla contra su corazon. Un momento despues entró el carcelero, y el padre y la hija se arrancaron de los brazos uno de otro.

Al dia siguiente de esta entrevista, atravesaba un viajero el puente levadizo de Berwick, y al llegar al extremo de la calle de Marigate, sentóse á descansar sobre un poyo á la puerta de una hostería, sin atreverse á entrar en ella; hostería que habia tenido el alto honor de haber servido en otro tiempo de cuartel general á Oliverio Cromwell y ultimamente de alojamiento á Jacobo VI rey de Escocia. Llevaba el viajero una chupa de lana, ceñida al cuerpo por un cinturon de cuero, y una lijera capa de paño ordinario. Conociase que era un jóven, puesto que el sombrero calado hasta los ojos ocultase casi completamente sus facciones. Llevaba en una mano un pequeño paquete, sosteniendo con la otra un bordon de peregrino. Despues de pedir un vaso de vino y haber descansado un breve

rato, levantóse y echó á andar. La noche se aproximaba y anunciaba ser tempestuosa: alzábanse grandes y oscuros nubarrones del lado de la mar; silvaba el viento al través de las puertas y ventanas; caia con fuerza una espesa lluvia, y las aguas del Tweid, embravecidas, dejaban oir el ruido de sus olas al estrellarse contra la orilla.

Dios se apiade de tí, si es que viajas en semejante noche! dijo el centinela, que embozado en su capote, velaba á la puerta de *Inglaterra* en el momento en que el viajero atravesaba el puente levadizo.

Al cabo de algunos momentos se hallaba ya en los vastos y tristes pantanos de Twerdmouth, inmenso desierto sembrado aquí y allí de espesos matorrales.

Apesar de la tempestad, cuyo furor iba por grados aumentando, ganó lentamente la colina. La lluvia caia á la sazón á torrentes y el viento bramaba siniestramente como una bandada de lobos hambrientos. El viajero prosiguió impávido su camino, hasta que hubo llegado á dos ó tres millas de Berwick, y allí, como si se sintiese ya sin fuerzas para continuar desafiando la tempestad, buscó un abrigo bajo las copudas encinas que se levantaban á orillas del camino. La noche iba haciéndose cada vez mas tenebrosa y arreciando cada vez mas el huracan, sin que el desconocido abandonase su abrigo, en donde se hallaba hacia ya mas de una hora, cuando se dejó percibir claramente hácia el camino real el galopar de un caballo. El hombre que lo montaba inclinaba la cabeza contra el viento, cuando sintió detener á aquel por la brida, y levantando la cabeza, quedó estrañamente sorprendido al ver que un desconocido, asestándole al pecho una pistola, le gritó: «apéate, ó eres muerto.»

El ginete, transido de frío y mal recobrado aun del espanto, hizo un movimiento como para tomar sus armas; pero al instante el salteador, quitando al caballo la brida, agarró violentamente al ginete y lo derribó al suelo, donde permaneció sin conocimiento por algunos minutos. El bandido se apoderó de la balija de cuero que contenia la correspondencia para las provincias del norte de Inglaterra, y colocándola sobre sus espaldas, desapareció por entre la maleza.

II.

Al siguiente día aun no bien comenzaba á apuntar el alba cuando los habitantes de Berwick corrian al sitio en donde se habia perpetrado este atentado: recorriéronse escrupulosamente todos los alrededores, pero no fué posible dar con el menor rastro del agresor.

Sir John Cochrane vivia aun: los despachos que contenian su sentencia de muerte habian sido robados, y antes de que se espidiese nueva orden para llevar á efecto su ejecucion, la intercesion de su padre, el conde de Dundonald, cerca del confesor del rey, podria alcanzar gracia. Grizel no se apartaba del lado de su padre, á quien procuraba consolar. Ya habian transcurrido cerca de catorce dias desde el robo de los despachos, y la esperanza empezaba á renacer en el corazon del prisionero, cuando se recibió la fatal nueva de que todos los esfuerzos habian sido infructuosos y que el rey habia firmado nuevamente la sentencia. Un dia mas, y la orden llegará á la prision.

—Hágase la voluntad de Dios! murmuró el reo.

—Asi sea! respondió Grizel con vehemencia; pero mi padre no morirá!

El correo, portador de la sentencia de muerte de John Cochrane, acababa de entrar en los pantanos de Towadmouth; picaba espuelas á su caballo, miraba receloso á todas partes y parecia aguardar algun peligro, pues llevaba en la mano preparada una pistola. La luna esparcia una vaporosa claridad, prestando á los árboles mil formas fantásticas y siniestras. Acababa de doblar el ángulo de un pequeño promontorio; de repente se encabritó su caballo al ruido de un pistoletazo, cuyo fogonazo brilló cerca de sus ojos: disparó su pistola, pero el caballo se encabritó de nuevo con tal violencia que arrojó á su dueño fuera de la silla. En el instante mismo sujetóle el salteador, y poniéndole una rodilla contra el pecho y haciendo brillar un puñal, le gritó:

—Dáme tus armas, ó eres muerto!

El portador de los pliegos obedeció.

—Ahora levántate y vete; yo me quedo con tu caballo y tu balija.

Levantóse el otro en efecto, y tomó temblando de miedo el camino de Berwick. El ladron montó á caballo y desapareció á escape en direccion de la llanura.

(Se continuará.)

AL ESCORIAL. (FANTASÍA.)

Era una noche de esplendente luna

De reposado ambiente, deliciosa:

Cual el sitio real no vió ninguna,

Ni la creó natura mas hermosa.

Que alli tiene su imperio cual sultan

Déspota de los fieros aquilones:

Alli su trono asienta el huracan,

Poderoso señor de estas regiones.

Cuando su impuro vuelo al aire tiende,

Ahuyentando los céfiros suaves,

Cuando su voz de trueno al viento hiende

Se estremece el reptil, callan las aves!

Natura se conmueve en sus cimientos

Cual si viera llegar su fin tremendo:

Del osado varon los pensamientos

Se hielan de terror á tanto estruendo!

Mas en la noche de que hablar me place

El silencio del mundo era reposo,

Que esta vez el tirano se complace

En no turbar su sueño delicioso.

Enzábase mi ardiente fantasia

Absorta contemplando tal encanto:

Ella mi incierta planta dirigia

De la ilusion divina al templo santo.

Cubriome con las gasas la deidad

De su manto levisimo y sutil,

Y del tiempo que fué, la inmensidad

Puede surcar con pecho varonil.

Dias de horror los siglos enjendraron

Sangre, esterminio en todas las edades!

Y á su ejemplo sus hijos abortaron

Prodigios de venganzas y maldades!

En negro caos de crímenes horrendo

Vi el mundo sumergidos y á su juez

Vi, que su acero sin cesar blandiendo

Castigaba severo su embriaguez.

Vi al inhumano fraticida Cain

Errante y fugitivo; y las ciudades

Sodoma, Adama, Gomorra y Seboin

En humo evaporar sus liviandades.

Vi á Faraon hundirse en su carrera

Porque al pueblo Israel quiso humillar;

Y al rey Nabuco transformado en fiera,

Que hasta el trono de Dios quiso escalar!

Imposible pintar con sus colores

Lo que en aquesta noche presencié :
Con denodado esfuerzo los horrores
Hasta aquí de este mar atravesé.

Mas ya el valor perdi : perdí el aliento:
Aquí mi corazon tembló cobarde.....
Huir quise con loco aturdimiento.....
Para volver atras..... era ya tarde....!

De escombros y cadáveres me vía
Cercada por do quier ; y pude á penas
Escuchar las palabras que decia
Una voz sepulcral que heló mis venas !

Era el éco doliente y espirante
De la grande ciudad que un Dios amó !
Era el postrer suspiro agonizante
De una reina que eterna se creyó !

Era el último ¡ay ! que su amargura
Lanzaba de Judá la emperatriz!!
Jerusalem cambiaba en sepultura
El trono de otro tiempo mas feliz !

¡Pobre regia matrona ! ¿qué se hicieron
Las galas de tu hermosa juventud ?
¿Qué de tu gloria y tus conquistas fueron ?
¿Tambien las aniquila el ataud ?

¡Tambien aquella joya tan brillante
Que en tu diadema se ostentaba ayer :
Tu santo augusto templo en un instante
Ha de undirse por siempre en el no ser !

Qué ! ¿no rechazarán sus muros de oro
Del rey Nabuco el formidable acero ?
¿Su inexpugnable mármol , su tesoro
Sucumbirán bajo su alfange fiero ?

En vano dando treguas á mi espanto
Estas sentidas frases pronuncié.....
Era polvo y no mas el templo santo :
Inmundo lodo que aun desdeña el pie !

A tal desolocion , á tanto duelo
Densa nube mis ojos ofuscó :
De la aterida muerte inerme hiel
Mi sangre y mi existencia traspaso!!

.....

En un ameno valle muy florido
Vi al volver de mi estupor profundo
Y en risueño paisaje convertido
Hallé del universo el caos inmundo.
Los tristes ayes que escuchó mi oído ,
El eco de dolor del moribundo ,
Cánticos armoniosos se tornaron
E himnos celestiales entonaron !

Ya de Jerusalem la voz llorosa
En otra se trocó fuerte , arrogante ,
Que el espacio llenó magestuosa ,
Que era cual la de Dios en lo vibrante.
«El templo que á Judá hizo famosa
«Y que arruinó el caldeo en un instante ,
«Será reconstruido» la voz dijo ;
«Y para tal portento á España elijo.
«Que ha de ser entre todas las naciones
«Donde la fé mas pura brillará :
Sin número serán los escuadrones
«Que heróica en su defensa creará ,
«Y al tremolar de Cristo los pendones
«Católica sin par la aclamará
«De uno á otro confín el mundo todo
«Porque ella se honrará con tal apodo.

«Cual el pueblo escogido en lo invencible
«Ha de ser este reino belicoso ,
«Que el brazo de su Dios , aunque invisible
«Ha de sacarle siempre victorioso.
«El su fé y gratitud hará ostensible
«Edificando un templo suntuoso :
«Que nuevo Salomon tendrá la España
«Capaz de egecutar obra tamaña.»

Calló la voz ; brillante meteoro
Cruzó en la inmensidad con rauda giro ;
Y cerrando su paso nubes de oro
Despareció fugaz. En vano miro
Si algun rastro dejó ; su curso ignoro
Y su misterio penetrar no aspiro :
Que no es dado al mortal seguir las huellas
Que pisan al cenit de las estrellas !

Batió entonces sus alas Alcotan
Y rompió de ilusion el ténue manto.
De su letargo despertó Huracan
Y al orbe entero le robó su encanto.

Mas no pudo borrar de mi memoria
Lo que antes presencié mi fantasía ;
Ni arrancar una página á la historia
Que recorrido con pavor habia.

Ni arrebatarme el sin igual consuelo
Que á mi estupor horrendo se siguió ;
Que la voz que escuché era del cielo
Y en mi alma su acento penetró.

No me engañó el delirio de mi mente ,
No mintió , no , mi loca fantasía ,
Que el álito divino en el ambiente
El aroma exhaló de la ambrosía.

Tú lo acreditas, si, templo grandioso
Del universo octava maravilla;
Tú, de aquel de Judá tan suntuoso
Eres traslado fiel hoy en Castilla.

Tú immortalizas la feliz victoria
Que de otro pueblo consiguió la España;
Y de un monarca eterna la memoria
Conservarás por tan ilustre hazaña.

Memorable también haces el día
De un santo ilustre, martir español;
De san Lorenzo ya la nombradía
Los mundos llena que ilumina el sol.

Tus entrañas encierran cariñosas
De héroes y reyes restos cinerarios.
¡Grandes á un tiempo dos alternativas
En tí contemplo tronos.... y sudarios!!!

LA M. DE S.

¡EL PERDON!

Muger bajada del cielo
Tal vez por mi salvacion,
¿No me darás un consuelo?
¿Será tu pecho de hielo
Para apagar mi pasion?

Perdona si te ofendí
Poniendo en duda tu fé;
Perdona si yo entreví
Torpe rival ante mí.....
Hermosa, perdonamé!

Perdona mi desvario
Cuando te llamé perjura,
Oye el ay del pecho mio
Y enjuga con tu amorio
Mis lágrimas de amargura.

Dile hermosa á mi razon
Que son fantasmas mis celos,
Y dile á mi corazon
Que es tan pura tu pasion
Como el cristal de los cielos:

Que yo de nuevo te juro
Será mi amor eternal,
Siendo de tu honor el muro;
Pues mi cariño es tan puro
Como diáfano el cristal.

Doncella de negros ojos
Y de blonda cabellera,
Deja á un lado los enojos,
Quita al pecho los abrojos
Y dame un perdon siquiera....!!

CARLOS MESTRE Y MARZAL.

UNA CASA DE BAÑOS.

Era el año de gracia de 1815. El excesivo calor que se experimentaba en la corte hacia que emigrasen temporalmente de ella gran número de familias que se refugiaban segun costumbre en los pueblecitos inmediatos. En muchos de estos existen casas de baños, en que se vive segun el sistema del famoso Fourrier, esto es, en comunidad, y por consiguiente ocurren escenas dignas de trasmitirse á la posteridad. Impelido por la corriente general salí de la coronada villa á mediados de junio dirigiéndome á pasar una temporada á..... Seria una tarea demasiado larga si fuese á enumerar lo intransitable del camino, lo incómodo de la diligencia y otras muchas cosas que bastarian para dar una idea del estado de nuestra civilizacion; baste saber que llegué no digo sano porque no lo estaba, pero sí salvo de todo peligro. Pregunté por la casa de baños y me señalaron un inmenso edificio de irregular construccion que mas parecia un monton de ruinas romanas que una casa destinada á alojar á los que por necesidad y recreo son obligados á habitarla. Cosas de España.

Instaléme en un cuarto de poeta, y digo cuarto de poeta porque á falta de boardillas que es donde generalmente habito, ocupé una especie de sótano en que apenas penetraba la luz del dia por una pequeña ventana practicada á cuatro pies de altura. Es el caso que se presentó á recibir mis órdenes un criado gallego y por añadidura sucio; yo que lo primero que deseo saber es la persona y personas con quienes tengo que tratar, aproveché la ocasion para informarme acerca de mis vecinos, y él que á todas sus apreciables cualidades reunia la no menos recomendable de hablador, se apresuró á contestarme en estos términos:

—Oh! Señor! hay mucha gente! Una viuda con su hija, guapa moza por ciertu y máteme Dios si no piensa lo mesmo el señoritu del número cinco, que la hace unos guiños! Hay un militar con muchos mostachos, un bolsillista.....

—Bolsista querrás decir.

—Eso es, bolsista, es viejo pero su mujer jóven y bonita: en el número 8 vive un caballero que se llama D. Eduardo. Si viera V. señor!

—Basta, ya conoceré á los demas.

Aquella noche fue toledana. Hacia media hora que me hallaba en la cama, cuando sentí precisamente al lado de la ventana, una media docena de guitarras que tocadas con enormes puas de peine producian un ruido infernal, al mismo tiempo que una voz gruesa y vinosa cantaba:

Una pata tengo aquí

Y otra tengo en tu tejao,

No dirás que por tu amor

No estoy bien espatarrao.

Entonces comprendí que lo apurado de mi bolsa me habia hecho ir á parar al lado del cuarto de las criadas, y que sus novios venian á darlas música. Resigneme con mi suerte y esperé con la paciencia de Job á que tuviesen á bien dejarme dormir: por fin se marcharon los trovadores nocturnos y entregándome de todo corazón en brazos de Morfeo no desperté hasta la mañana siguiente.

II.

Pasose el día sin ocurrir cosa alguna que de contar; ya cerca del anochecer recibí una esquila del banquero en que me invitaba como vecino á asistir á su casa que era el punto de reunion de bañistas y no bañistas; contesté del modo que me pareció mas político, y despues de dar mil vueltas delante de un pequeñísimo espejo, me presenté en los salones del banquero; que me recibió con la mayor fineza lo mismo que su señora que me pareció bellísima. Despues de una conversacion de pura ceremonia, el amo de la casa, el militar y yo arreglamos una partida de tresillo y pasamos á ocupar un lado del salon en que habia varias mesas de juego; mi posicion era tan ventajosa que podia sin llamar la atencion, observar todo lo que pasase, asi es que facilmente reconocí á las personas de que me habia hablado el criado.

La viuda, que se llamaba doña Juana Ganchillo (y confieso que nunca he encontrado mas analogia entre el apellido y las inclinaciones del que le lleva) estaba á la sazón entre su hija Dolores y Alfredo de Cienfuegos. Estos dos jóvenes eran hermosos; ella rubia, ojos azules y torneadas formas, él alto, esbelto, y con una magnífica cabellera negra que hacia resaltar admirablemente la blancura mate de su rostro.

—Señora, soy demasiado joven, decia Alfredo siguiendo una conversacion ya empezada; tengo

veinte años, y por muy arraigado que estuviera en mi corazón el amor á una muger, temblaria que el tiempo le destruyese y hacer infeliz á una criatura digna de mejor suerte.

—Se conoce Alfredo, contestó doña Juana, que no ha sentido V. una de esas emociones que deciden la tranquilidad y la desdicha futura de los mortales; lejos de disminuirse el amor se aumenta cuando está santificado por la mano del sacerdote..... Yo era joven, tenia la edad de mi Dolores cuando me casé, y mi difunto poco mas ó menos la de V. y sin embargo fuimos tan felices! y prosiguió enjugándose los ojos con el pañuelo; ya vé V. que ni los años ni la muerte no han podido apagar la llama que se encendió en mi pecho.....

Aquí tuve que prestar demasiada atencion á una jugada difícil, y perdí lo que conversaron despues; pero lo que habia oído era lo bastante para darme á conocer dos cosas, á saber: que habia de por medio un joven rico, buen mozo y cándido, y una doña Juana que tendia el ganchillo de su apellido al inesperto Alfredo. Nada mas general que esta clase de *madres anzuelos* siempre bullendo en sociedades, paseos, teatros, en fin en todas partes donde haya pesca, siendo su elemento en el verano los pueblos de recreo, porque la franqueza y alegría que reina en ellos es la mas apropiada para el logro de sus planes.

Dejamos el tresillo y me preguntó el bolsista si sabia á como quedaba el papel al tiempo de mi salida.

—Si señor, le respondí contoneandome, ayer mismo hablé con el librero y me dijo que la fábrica de Tolosa daba la resma.....

—Caballero, pregunto á V., el precio de los títulos del tres por ciento. ¿Suben ó bajan?

—Confieso mi ignorancia, pero en mi calidad de aprendiz de poeta.....

Al oír esta palabra arrugó el entrecejo y exclamó en tono despreciativo.

—Es V. poeta? De esos consumados clásicos, ó de la abominable escuela romántica siempre soñando desafíos, raptos, crimines?

—Le diré á V. segun las circunstancias.

—Lo creo que es V. el.....

—Beso á V. su mano, me apresuré á decir antes que concluyera su frase porque preveia que no habia de ser muy dulce.

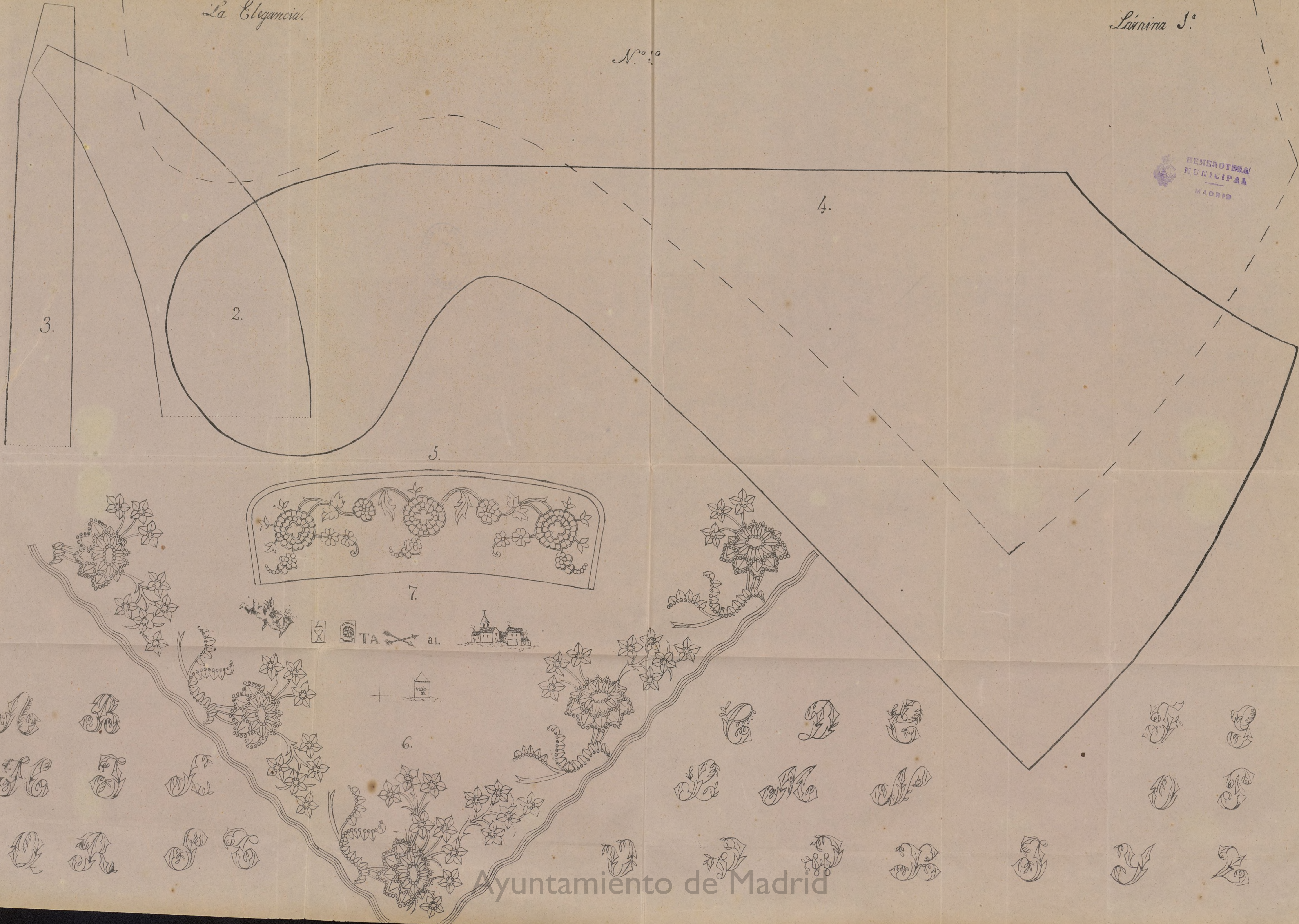
(Se concluirá)

La Elegancia.

Lámina 1.^a

N.º 10

HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID





Ayuntamiento de Madrid